

## EL CIRCUMMEDITERRANEO Y SUS RELACIONES CON LA AMERICA PREHISPANICA: ¿DIFUSION O PARALELISMO?

P O R

CLAUDIO ESTEVA FABREGAT

El estudio del poblamiento de la América prehistórica suele plantearse en forma de un problema cuya resolución se formula desde tres direcciones: 1) la del paso por el Estrecho de Behring; 2) la travesía transpacífica; y 3) la vía del Atlántico. La influencia más universalmente aceptada, sobre todo en cuanto al reconocimiento de la mayor masa migratoria, es la correspondiente al poblamiento efectuado por cazadores y recolectores atravesando el Estrecho de Behring.

Aunque el reconocimiento último de la vía transpacífica está condicionado por la verificación de la capacidad relativa de navegación de los grupos del Pacífico occidental, empero, parece aumentar el grado de aceptación de esta teoría en la medida en que los paralelismos culturales entre América y el sureste de Asia parecen sustentarse en la autoridad científica de ciertos afamados etnólogos.

En cambio, el escepticismo es muy marcado cuando se trata de admitir las teorías que señalan al Atlántico como un mar que fuera navegado por pueblos circummediterráneos, quizá porque dichas teorías hasta hace poco tiempo no se apoyaban en investigaciones serias, y sí, en cambio, por un sinnúmero de conjeturas y deducciones muy frecuentes entre algunos prehistoriadores difusionistas.

Para nuestro propósito de evaluar los datos relativos a una difusión ocurrida por la vía transatlántica, debe entenderse que no tratamos de revisar ahora las teorías de Elliot-Smith, pues lo que realmente nos interesa es abordar, desde el punto de vista

metodológico, las posibilidades de verificación de una tesis difusionista en dicho sentido. En principio, partimos del reconocimiento de que las tesis de Elliot-Smith son muy atractivas para el investigador, y si bien se admite por dicho autor que la difusión egipcia más notable ocurriría desde Asia, no obstante, piensa que el Atlántico, por parte de fenicios y durante el transcurso del primer milenio antes de Cristo, jugó un papel importante en la transculturación de América.

Actualmente, puede afirmarse que parecen confirmarse más las teorías relativas a una difusión asiático-americana, tal como ha sido formulada por Heine-Geldern, que la postulada por Elliot-Smith. Parece estar claro, por otra parte, que las teorías del primero son más analíticas, o más sistemáticas, y si se quiere menos conjeturales, que las del segundo. Por añadidura, es también cierto que la metodología del primero es más rigurosa que la del segundo: la transatlántica.

El relativo descrédito en que pueden haber caído las teorías de Elliot-Smith puede considerarse relacionado con la manera misma como éste las ha presentado. Sin embargo, dicho descrédito tiene que ver con la debilidad de la metodología, más que con la teoría misma, pues el método comparado formalista a que ha recurrido no tiene los apoyos empíricos necesarios, y por otra parte es muy pobre su conocimiento etnográfico e histórico de las civilizaciones indígenas americanas. De hecho, los datos que ofrece Elliot-Smith son más especulativos que verificados.

Como resultado del escepticismo provocado por esta metodología, la *migración transatlántica* ha tenido pocos defensores. No obstante, en los últimos años, y particularmente entre americanistas europeos, se están produciendo investigaciones difusionistas donde a la comparación formal de los paralelismos culturales sigue la comparación funcional de sus integraciones relativas en el seno de las civilizaciones americanas. Es a la luz de estas nuevas aportaciones, y del más sistemático planteamiento de los problemas, como parece cobrar una dimensión más lógica la conclusión que lleva a aceptar la existencia de *un influjo* directo, *transatlántico*, entre el Circummediterráneo y algunas regiones de la América prehispanica. Dicho influjo se plantea

considerando una base marítima de lanzamiento que sería el Atlántico medio-occidental y las Canarias, y a partir del supuesto de que la expansión cultural del Mediterráneo ocurriría en tiempos anteriores a la era cristiana.

Estas tesis se apoyan, al comienzo, en el reconocimiento de que existen paralelismos entre esta parte del Viejo Mundo y entre la correspondiente, sobre todo, a las altas culturas del Nuevo Mundo. Situados dentro de esta perspectiva, existen muchos problemas sin resolver, pero cabe señalar que los paralelismos culturales a que se refieren los partidarios de la difusión transatlántica se ocupan de formas cuya comparación ha llevado a confrontar tanto una convergencia como un grado relativo de integración funcional de los paralelos. En realidad, al establecer los caracteres culturales de las formas comparadas se acentúa la idea de una comunicación, más o menos esporádica o regular, entre ambas orillas continentales por el Atlántico. Esta sería una comunicación, asimismo, tan vieja o más que la del Pacífico, o por lo menos tanto como puede haberlo permitido la capacidad de travesía marítima que se haya desarrollado entre los pueblos de la cuenca del Mediterráneo. Eso pudo haber ocurrido a partir del invento de la embarcación a vela, hecho arqueológicamente conocido en el Mediterráneo entre los años 6000 al 3000 antes de Cristo<sup>1</sup>.

La idea del poblamiento americano desde el Mediterráneo y, por ende, desde el Atlántico, es muy antigua, y de ella nos hablan varios autores clásicos —griegos y romanos— y árabes, y desde luego los cronistas españoles del siglo XVI, asociados con el estudio de los orígenes americanos, han hecho frecuentes alusiones al problema, en algunos casos refrendando la teoría atlántica.

\* \* \*

Sin tomar en cuenta a la totalidad de los cronistas e historiadores de Indias de la época a que hicimos mención, pero considerando el hecho de su preocupación por este problema, podemos admitir que el debate relativo a la cuestión del poblamiento americano desde el Circummediterráneo, no es de ahora. La di-

---

<sup>1</sup> Cfr Childe, 1954, 131.

ferencia consiste en que mientras ahora se progresa hacia una verificación empírica, antes todo se reducía a noticias de difícil, si no imposible, comprobación, a intuiciones inteligentes del problema. Pero antes de abordar la cuestión de estas relaciones culturales entre el Circummediterráneo y América, desde el punto de vista del americanismo contemporáneo, podemos tomar como ejemplo de cómo se planteaba el problema por los cronistas de Indias, lo que nos dicen Acosta y Las Casas.

Acosta reconoce<sup>2</sup> como bien fundadas las formulaciones relativas a la presencia en América de culturas avanzadas del Viejo Mundo, tesis que atribuye inicialmente a ciertos apóstoles, entre otros San Gerónimo y San Clemente. Añade a estas afirmaciones las noticias dadas por autores de la antigüedad acerca de naves cartaginesas que llegaron a tierras que se identifican como americanas, llevadas al Nuevo Mundo por las corrientes atlánticas y que, al volver a Cartago, tuvieron prohibido volver allí por temor a que, con las migraciones consiguientes a la atracción migratoria que podría ejercer América, se despoblara la propia Cartago.

Esta navegación estaban en capacidad de consumarla las gentes del Mediterráneo oriental atendiendo sólo a un pilotaje que se guiaba por la posición de las estrellas, y por el conocimiento de las direcciones de los vientos. Incluso, señala Acosta<sup>3</sup>, que ya las Sagradas Escrituras indican la travesía de una flota de Salomón, a cargo de marinos de Tiro y Sidón, cuyo viaje duró tres años, y el cual consistió en navegar por el Atlántico hasta alcanzar lo que, probablemente, serían tierras americanas. Aunque Acosta duda de que haya podido hacerse una travesía de este tipo, arguyendo la falta de brújula, no obstante, admite que los fenicios eran gentes expertas en saberse guiar por las estrellas y los vientos, y hasta cierto punto eran capaces de orientarse por el tino, y en ese caso por las mismas corrientes y por los pájaros que llevaban consigo y cuya función era la de indicar la dirección de la tierra. Dice asimismo Acosta<sup>4</sup>, que los antiguos

---

<sup>2</sup> Acosta, 1962, 36 y sigs

<sup>3</sup> *Ibid*, 47.

<sup>4</sup> *Ibid*, 48.

navegantes mediterráneos, a falta de brújula se sentaban en la proa, y desde ahí observaban las diferencias de forma y color de la mar. Acosta apoya su convencimiento de que América pudo ser antes descubierta por gentes del mundo atlanto-mediterráneo en el hecho de que un marino de su época alcanzara América después de haber perdido el rumbo con motivo de un temporal. En este sentido, atribuye Acosta la mayor parte de los descubrimientos geográficos antiguos al azar, más que a la planificación.

En noticias de Aristóteles, Las Casas<sup>5</sup>, refiere a la misma convicción de un descubrimiento temprano de lo que parece haber sido el mar de los Sargazos por gentes mediterráneas, y recoge asimismo las versiones que daban los indios de Cuba respecto a que antes de los españoles habían arribado a dicha isla hombres de caracteres semejantes a los de éstos. Para refrendar esta noticia indígena, Las Casas hace referencia a las condiciones atlánticas cuyos vientos y corrientes llevan fácilmente, o en poco tiempo, al continente americano<sup>6</sup>. Así, Las Casas concluye<sup>7</sup> que es verosímil todo cuanto se dice acerca de que América haya sido conocida, y, por tanto, poblada y culturalmente influida, por gentes que partieron, mucho antes que los españoles de los siglos xv y xvi, desde algún punto del Mediterráneo o del Atlántico.

Esa sería la opinión, en líneas generales, de quienes, cronistas de acontecimientos americanos, recogían noticias y versiones acerca de poblamientos anteriores a los hispánicos.

\* \* \*

Si bien el problema no quedó totalmente abandonado por los investigadores, es cierto, sin embargo, que el interés por continuar esta clase de pesquisas perdió parte de su auge, e incluso se produjo una corriente de abandono del problema. El debate ha podido renovarse gracias a la acumulación de paralelismos culturales y a su significación arqueológica; por una parte, en términos cronológicos y a su distribución continua, y por otra, en términos de difusión.

---

<sup>5</sup> Las Casas, 1965, I, 57

<sup>6</sup> *Ibid.*, 71

<sup>7</sup> *Ibid.*, 89-90.

En principio, y arqueológicamente considerada la cuestión, la mayor parte de los investigadores tienden a centrar la problemática del difusionismo en la discusión del cómo y el cuándo pudieron entrar en América aquellos rasgos culturales que, históricamente, se consideran originados en la región mediterránea. Para algunos arqueólogos, en especial por parte de los partidarios del autoctonismo integral de las civilizaciones americanas, el problema que imponen a los difusionistas es resolver cómo y cuándo existieron condiciones suficientes para que se produjera el contacto. En tales términos, para los autoctonistas no se trata de saber hasta qué punto son formalmente similares uno o varios rasgos culturales americanos, en su contraste con los mediterráneos: se trata, más bien, de saber si pudo o no haber condiciones para que se produjera el contacto, y hasta qué punto, en el momento de existir tales condiciones, las culturas americanas ya habrían producido su propio despegue y desarrollos urbanos, esto es, las formas que otros arqueólogos consideran como debidas a una difusión.

Los paralelismos culturales se discuten, pues, desde diferentes plataformas, especulativas o empíricas, según los casos, por parte de los diversos autores que se ocupan de esta clase de estudios, pero dos son las metodologías relevantes: 1) la que postula el difusionismo del elemento, considerando la semejanza formal del mismo en ambos mundos, y 2) la que señala una semejanza formal, pero un origen y desarrollo independientes.

El primer criterio es defendido, generalmente, por difusionistas para los cuales es suficiente la existencia del paralelismo, en unos casos, o el desarrollo de principios lógicos basados en la teoría de una distribución continua de elementos culturales, a partir de su ocurrencia en un punto cronológicamente el más antiguo, hasta alcanzar otro donde la distribución refiere a fechas más modernas y, asimismo, a una área postulada como región de lanzamiento hacia América.

El segundo criterio es, metodológicamente, más exigente, pues reclama una demostración basada en las funciones relativas de los elementos culturales, por una parte, y recurre por otra a los principios teóricos del paralelismo, según los cuales la mente humana, por tener una conformación psíquica filogenéticamente

universal, puede llegar a las mismas conclusiones culturales cuando se dan condiciones de proceso semejantes. Para dichos autores, el desarrollo de paralelismos entre América y el Viejo Mundo no es demostración suficiente de difusión, ya que el único principio válido que reconocen es el de la integración de los paralelismos en formas de proceso y de función idénticas. Con esta posición se aumenta la dificultad de probar la difusión, porque además se exigen otras pruebas a los difusionistas, como son la equivalencia de cronologías sucesivas arrancando, en ese caso, de la región circummediterránea, y la verificación específica de la navegación que hiciera posible situar en América las formas mediterráneas.

Puesto así el problema, consideraremos las dos tesis principales: la relativa a las pruebas de esta difusión manifestada en forma de paralelismos, y la relativa a las pruebas de un desarrollo americano independiente, con formas semejantes y sin difusión, o por lo menos sin comprobación empírica de dicha difusión. En primer lugar, podemos considerar la que tiende a reforzar las pruebas de una *difusión por el Atlántico* acudiendo al análisis de los *paralelismos culturales*. Disponemos para ello del concurso de varios autores interesados en la solución del problema.

\* \* \*

El punto de partida de las tesis que aluden al poblamiento americano desde el Circummediterráneo, consiste en tomar como tierra de lanzamiento a las Canarias, y las fechas en que eso pudo ocurrir, las del momento en que la cultura egipcia estuvo en condiciones de propagarse hacia el resto del mundo. Eso pudo ocurrir hacia el año 4.000 antes de Cristo, y aún, si tenemos en cuenta las consideraciones de Childe acerca de las embarcaciones de vela, incluso antes. En todo caso, sólo una cultura capaz de navegar grandes distancias podía salvar el obstáculo atlántico, lo cual significa que dicha navegación parece haber tenido esa capacidad más después que con anterioridad al año 4.000 antes de Cristo.

Lo cierto es que si se acepta que las pirámides del Sureste de Asia son una difusión desde Egipto, y si la forma de las ame-

ricanas, sobre todo las del área maya, se asemejan más a las asiáticas que a las egipcias, entonces ésta sería una difusión indirecta, y por lo mismo no podía haberse producido por el Atlántico. Si se dice<sup>8</sup>, por otra parte, que las pirámides egipcias fueron llevadas a América hacia el año VI de nuestra era, a través de Java y Cambodgia, entonces el problema consiste en que la cronología sería demasiado avanzada y, por añadidura, América ya habría desarrollado por sí misma los principios de la pirámide cuando se produjera la difusión desde el Viejo Mundo<sup>9</sup>. Esta difusión, en cualquier caso, concierne a varios elementos culturales, de los que la pirámide resulta ser el más espectacular.

Sin embargo, una breve mención de paralelismos puede darnos una idea de la magnitud del problema a dilucidar. Dicha magnitud interesa no sólo por el gran número de paralelismos que aparecen, mas también alude a la importancia relativa de sus relaciones culturales internas, o sea consideradas en términos de las civilizaciones de origen y de las americanas. Pero, asimismo, es igualmente cierto que la comparación atañe tanto a problemas de taxonomía, como a problemas de interpretación interna de cada elemento. No se trata, por lo tanto, de meras semejanzas. Se trata también de ver cómo estas semejanzas aluden a una respuesta única en origen —cultura inventora— y a una integración pluriadaptativa en sus diversos destinos históricos, esto es, en las diversas sociedades que recibieron dichas formas por difusión transatlántica.

Estos son problemas importantes. Cada rasgo cultural por separado carece de verificación adecuada cuando se procura integrarlo dentro de la estructura cultural específica americana. Sólo disponemos del paralelismo formal, y aunque éste es un punto de partida necesario, sin embargo, no parece suficiente a la luz de las actuales exigencias metodológicas, por una parte, y de la teoría culturalista y etnológica, por otra. Veamos, no obstante, cuáles son los paralelos y cómo se presenta la discusión entre difusionistas y autoctonistas en términos del mundo mediterráneo.

---

<sup>8</sup> Cfr. Lowie, 1946, 199.

<sup>9</sup> Véanse cronologías arqueológicas mesoamericanas, en Alcina, 1965.

<i>Rasgo cultural</i>	<i>Origen probable o paralelo más antiguo</i>	<i>Zona americana de paralelismo</i>	<i>Autor</i>
Censos de población para el pago de impuestos . . . . .	Roma.	Andina.	Rowe.
Unidades militares formadas por múltiples de 10 individuos .	Roma.	Andina.	Rowe.
Excrementos de animales domésticos para fertilizantes agrícolas . . .	Roma.	Andina.	Rowe.
Prensa-molde para producciones industriales de vasos . . . . .	Roma.	Andina.	Rowe.
Patos y roedores como animales alimenticios . . . . .	Europa.	Andina.	Rowe.
Protuberancias decorativas en los grandes edificios . . . . .	Grecia	Andina.	Rowe.
Tela enrollada, rectangular, por debajo de la espalda, ceñida con faja, para mujeres . . . . .	Grecia.	Andina.	Rowe.
Entasis o ligero combamiento de las paredes . . . . .	Grecia.	Andina.	Rowe.
Construcciones con inscripciones históricas . . . . .	Grecia.	Andina.	Rowe.
Palo cavador, en forma de horquilla, hecho de una rama	Región del Nilo.	Andina.	Rowe.
Hachas en forma de T, de piedra y de metal . . . . .	Región del Nilo.	Andina.	Rowe.
Telar horizontal, estacado en el suelo	Región del Nilo.	Andina.	Rowe.
Hoz para cosechar grano	Circummediterráneo	Andina.	Rowe.
Numerales de la cuenta decimal	Región del Nilo.	Varios lugares.	Ibarra.

<i>Rasgo cultural</i>	<i>Origen probable o paralelo más antiguo</i>	<i>Zona americana de paralelismo</i>	<i>Autor</i>
Enterramientos con acompañamiento.	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Cuerpos de los nobles muertos envueltos en tiras de tela	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Tambor cilíndrico con dos cabezas, de piel	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Trompeta con campana en la boca	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Casa rectangular, de adobe, con base de piedra y techo de paja, 2 ó 4 vertientes	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe
Casa de adobe, con techo en forma de colmena y algo saledizo	Circummediterráneo.	Andina	Rowe.
Grapas de metal para sujetar los bloques de piedra cortada	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Mampostería con piedras pulidas	Circummediterráneo	Andina	Rowe.
Adobes de molde rectangular	Circummediterráneo	Andina.	Rowe.
Cama individual de palos, de madera.	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe
Túnel de irrigación, subterráneo	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Sistema de sifón para subir aguas	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Telar vertical	Circummediterráneo.	Andina	Rowe.
Dibujos incisos con detalles anatómicos en cerámica y en vestido	Circummediterráneo	Andina	Rowe.
Animales domésticos para transporte y para lana	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Ordenes religiosas femeninas, conventuales	Roma	Andina	Rowe.
Medición rectangular de las unidades terrestres	Roma.	Andina,	Rowe.

<i>Rasgo cultural</i>	<i>Origen probable o paralelo más antiguo</i>	<i>Zona americana de paralelismo</i>	<i>Autor</i>
Enanos jorobados en las cortes señoriales . . . . .	Circummediterráneo.	Andina	Rowe.
Litera con asiento para transportar nobles . . . . .	Circummediterráneo.	Andina	Rowe.
Eunucos para vigilar mujeres . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Disciplina militar . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe
Escudos con dibujos pintados para identificación de guerreros . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Tiendas de tela para campamentos militares . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Cubilete . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Juegos de mesa . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Látigo de azotar . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Tablero de calcular, de gujarros . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Medidas y pesos estandarizados . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Ollas con agujeros, colgadas de vigas. . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Palanca para contrapeso . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Plomada en construcciones . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Botes de carrizos, unidos en fajos . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Puentes de botes . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Sandalias de cuero o de cuerdas torcidas . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Espejos de bronce, circulares, con mango . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Pinzas de cobre y plata . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Limas o raspadores de metal . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.

<i>Rasgo cultural</i>	<i>Origen probable o paralelo más antiguo</i>	<i>Zona americana de paralelismo</i>	<i>Autor</i>
Batata . . . . .	Africa.	Varios lugares.	Kelley.
Cocodrilo terrestre divinizado . . .	Región del Nilo.	Mesoamérica.	Kelley.
Lanzadardos . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Kelley.
Hachas planas de empotrar . . . . .	Mesopotamia.	Mesoamérica, Andina.	Ibarra.
Metalurgia . . . . .	Región del Nilo.	Mesoamérica, Andina.	Ibarra.
Trenzado en líneas paralelas . . . . .	Circummediterráneo.	Mesoamérica.	Caso.
Figuritas con caras negroides y caucoides . . . . .	Circummediterráneo Africa.	Mesoamérica.	Wuthenau.
Semántica y morfologías lingüísticas.	Región del Nilo.	Andina.	Desseffy.
Constructores de montículos . . . . .	Circummediterráneo.	S.E. de Norteamérica	Mertz.
Pinturas rupestres . . . . .	Europa Occidental.	Varios lugares.	Pericot.
Figuritas romanas . . . . .	Circummediterráneo.	Golfo de México.	Pericot.
Maíz . . . . .	Africa.	Varios lugares.	Carter.
Adivinación por examen de entrañas animales . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Sacrificio de animales domésticos y de ciertos colores . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Oráculos en santuarios . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Movimientos astrales asociados con divinidades . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Combinaciones de animales míticos . . . . .	Circummediterráneo	Andina	Rowe.
Serpientes de dos cabezas, una en cada extremo . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.
Gobernantes con honores divinos . . . . .	Circummediterráneo.	Andina.	Rowe.

<i>Rasgo cultural</i>	<i>Origen probable o paralelo más antiguo</i>	<i>Zona americana de paralelismo</i>	<i>Autor</i>
Leyenda de Quetzalcóatl ... .	Circummediterráneo	Mesoamérica.	Alcina (1955).
Lagenaria . . . . .	Africa.	Varios lugares.	Alcina (1969).
Boleadora .. . . .	Africa, Canarias.	Sudamérica.	Alcina (1969).
Honda . . . . .	Africa, Canarias.	Sudamérica.	Alcina (1969).
Taburetes . . . . .	Africa.	Antillas, Mesoamérica, Sudamérica.	Alcina (1969).
Urnas funerarias ... ..	Africa.	Antillas, Mesoamérica, Sudamérica.	Alcina (1969).
Collares de cuentas en barro cocido .	Circummediterráneo.	Sudamérica	Alcina (1969).
Espadas de madera con incrustaciones cortantes . . . . .	Canarias.	Mesoamérica.	Alcina (1969).
Lenguaje silbado . . . . .	Canarias, Africa.	Mesoamérica.	Alcina (1969).
Petroglifos . . . . .	Noráfrica.	Varios lugares.	Alcina (1969).
Palo cavador .. . . .	Canarias.	Varios lugares.	Alcina (1969).
Sífilis . . . . .	Circummediterráneo.	Varios lugares.	Alcina (1969).
Algodón ... . . . .	N. E. de Africa, S. de Arabia	Varios lugares.	Alcina (1969).
Ñames . . . . .	Africa, Canarias.	Varios lugares.	Alcina (1969).
<i>Phaseolus vulgaris</i> (judía)	Circummediterráneo.	Varios lugares.	Alcina (1969).
Banana . . . . .	Africa.	Varios lugares.	Alcina (1969).
Matrimonio entre hermanos	Región del Nilo.	Andina.	Alcina (1969).
Virgenes recluidas, dedicadas al culto religioso . . . . .	Canarias.	Andina.	Alcina (1969).
Sistema de propiedad .. . . .	Canarias.	Andina	Alcina (1969).
Trepanación . . . . .	Canarias.	Andina.	Alcina (1969).
Juegos de tiro .. . . .	Región del Nilo,	Varios lugares.	Kelley,

<i>Rasgo cultural</i>	<i>Origen probable o paralelo más antiguo</i>	<i>Zona americana de paralelismo</i>	<i>Autor</i>
Industria de la púrpura . . . . .	Circummediterráneo.	Varios lugares.	Jackson
Co-enterramiento de parientes en la muerte de un jefe . . . . .	Región del Nilo.	Andina y Norteamérica.	Dittmer.
Arcos saledizos en forma de trébol . . . . .	Europa clásica.	Mesoamérica.	Kubler.
Edificios techados dentro del templo. . . . .	Europa clásica.	Mesoamérica.	Kubler.
Formas en cruz . . . . .	Europa clásica.	Mesoamérica.	Kubler.
Columnas decoradas . . . . .	Europa clásica.	Mesoamérica.	Kubler.
Arquitectura con bases atlantoides . . . . .	Europa clásica.	Mesoamérica.	Kubler.
Arquitectura con entradas en forma de bocas . . . . .	Europa clásica.	Mesoamérica.	Kubler.
Patios o atrios . . . . .	Europa clásica.	Mesoamérica.	Kubler.
Representación del águila . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Chatelain.
Halcón . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Chatelain.
Lechuza . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Chatelain.
Bóveda pre-maya . . . . .	Región del Nilo.	Mesoamérica.	Chatelain.
Universo horizontal y vertical . . . . .	Región del Nilo.	Mesoamérica.	Chatelain.
Asa-estribo en vasijas . . . . .	Circummediterráneo.	Varios lugares.	Alcina
Pintaderas o sellos de marcar . . . . .	Africa Occidental.	Antillas, Norte de Sudamérica. Mesoamérica.	Alcina (1958).
Vasija con mango y vertedero . . . . .	Región del Nilo.	Mesoamérica.	Alcina (1958-a).
Figuritas femeninas perniabiernas . . . . .	Oriente Medio.	Varios lugares.	Alcina (1962).
Vaso trípode . . . . .	Europa.	Varios lugares y Mesoamérica.	Alcina (1953).
Esculturas con rasgos negroides . . . . .	Africa.	Golfo de México. N.E. de Norteamérica	Alcina (1955).

<i>Rasgo cultural</i>	<i>Origen probable o paralelo más antiguo</i>	<i>Zona americana de paralelismo</i>	<i>Autor</i>
Libaciones y quema de perfumes con el cadáver . . . . .	Región del Nilo	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Rociado de la cabeza del cadáver con agua . . . . .	Región del Nilo	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Máscaras . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Bustos y retratos-mascarillas funerarios . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Esculturas zoomórficas . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Avenidas con esculturas . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Megalitos . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Trompeta marina o <i>strombus</i>	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Bumerang . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Faldas de colores . . . . .	Región del Nilo.	Mesoamérica y otras.	Elliot-Smith.
Serpiente emplumada . . . . .	Región del Nilo.	Mesoamérica.	Elliot-Smith.
Sacerdote vestido con la piel de la víctima . . . . .	Región del Nilo.	Mesoamérica.	Elliot-Smith.
Año solar de 360 + 5 días	Región del Nilo.	Mesoamérica.	Elliot-Smith.
Pórticos de entrada . . . . .	Región del Nilo.	Andina.	Elliot-Smith.
Animismo con amuletos . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Jackson <sup>11</sup> .
Adorno con perlas en templos y estatuas . . . . .	Región del Nilo y Circummediterráneo.	Mesoamérica, Antillas.	Jackson.
Concha <i>cypraea</i> . . . . .	Región del Nilo.	Norteamérica.	Jackson.
Collares de adorno . . . . .	Región del Nilo.	Norteamérica.	Jackson.

<sup>11</sup> Según Inbelloni, 1956, 272.

## PARALELISMO CIRCUMMEDITERRANEO-AMERICA

<i>Rasgo cultural</i>	<i>Origen probable o paralelo más antiguo</i>	<i>Zona americana de paralelismo</i>	<i>Autor</i>
Ritos de iniciación ..	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Sociedades secretas ...	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Momificación . . . . .	Región del Nilo.	Andina.	Elliot-Smith.
Pirámide . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Animismo egipcio con amuletos	Región del Nilo.	Varios lugares	Elliot-Smith.
Canales de irrigación .. . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Circuncisión . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Mitos del diluvio . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Peregrinación de los muertos en el más allá. . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Covada . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Tatuaje . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Culto fálico . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Perforación del lóbulo auricular ..	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Deformación craneana . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Cultos solares . . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares	Elliot-Smith.
Dibujos cruciformes ... . . . .	Región del Nilo.	Varios lugares.	Elliot-Smith.
Svástica .. . . .	Región del Nilo.	Varios lugares	Elliot-Smith.

<sup>10</sup> Al referirnos al autor mencionamos solo la obra o artículo del que hemos obtenido la información. Eso significa que dicho autor no es necesariamente un difusionista. Por añadidura, algunos de los elementos culturales paralelos también son conocidos en Asia Oriental. Sin embargo, como nuestro trabajo se ocupa sólo de relaciones transatlánticas, no hemos creído necesario extendernos a otras áreas geográficas

Los defensores del *difusionismo transatlántico* basan sus puntos de vista en el reconocimiento de que cada uno de los elementos culturales que se proclaman como paralelismos, constituyen formas que, en América, han tenido funciones similares a las que efectuaban en el Viejo Mundo, de donde se originaron. Para reforzar el supuesto de la difusión, se comparan leyendas, tendencias artísticas y formas lingüísticas, tanto como formas materiales, y se parte de que las culturas recolectoras-cazadoras americanas deben su paso a la civilización al influjo directo ejercido por poblaciones migratorias culturales más avanzadas procedentes del Viejo Mundo.

Entre otras leyendas que se aportan para refrendar el principio de esta difusión, es importante la de Quetzalcóatl<sup>13</sup>, especialmente en lo que tiene de reconocimiento de que se trata de un hombre de raza blanca, y por lo mismo de una prueba histórica prehispánica que alude a la presencia en América, desde antiguo, de una población caucasoide y de una cultura mediterránea. Por añadidura, se recogen<sup>14</sup> como ciertas las noticias que nos llegan, en formas de leyendas relativas a los viajes de gentes antiguas, narrados por Homero, que atravesaron el Atlántico y que llegaron a la misma América. Para ello, Mertz<sup>15</sup> señala que, por lo menos, hacia el año 2000 antes de Cristo los fenicios ya conocían ciencias exactas suficientes y tenían conocimientos astronómicos y meteorológicos que les permitían llegar hasta el nuevo continente. Por lo mismo, además, se postulan parecidos ideológicos<sup>16</sup>, así como estructuras sociales semejantes entre ambos mundos, y Kelley<sup>17</sup> registra juegos y tipos de lanzadardos que considera como ejemplos probables de difusión.

Lo mismo que se postula para ciertos rasgos, se reconoce también para ciertas manifestaciones religiosas, como cuando Chatelain<sup>18</sup> dice que podemos advertir influencias egipcias en la mi-

<sup>12</sup> Cfr. Dittmer, 1960, 211.

<sup>13</sup> Cfr. Alcina, 1955, 880

<sup>14</sup> Cfr. Mertz, 1966, 111.

<sup>15</sup> *Ibidem.*

<sup>16</sup> Cfr. Desseffy, 1966.

<sup>17</sup> Kelley, 1964, 17.

<sup>18</sup> Chatelain, 1958, 81.

tología indígena, como serían la representación de clanes y tribus en símbolos de animales, tales el águila, el halcón y la lechuza. Dicho autor considera como un culto a Isis y a Osiris las representaciones solares mitificadas, e igualmente sería una influencia egipcia la concepción horizontal-vertical que tenían del mundo los antiguos mexicanos. Este último rasgo es interpretado por Chatelain como una evolución del mito de Osiris.

Los ejemplos mencionados tratan de seguir una línea lógica de comparaciones. Para ello se parte del principio de que las sociedades de recolectores y cazadores americanas no pudieron resistir la entrada de unas cuantas naves representativas de culturas, en ese caso, megalíticas y más poderosas que las nativas y que, por superioridad de armamento, pudieron imponerse e instalarse fácilmente en el Nuevo Mundo<sup>19</sup>. Así, pudieron desarrollar culturas más avanzadas que las existentes en aquel momento dentro de América.

Heyerdahl<sup>20</sup>, uno de los difusionistas más populares, al referirse a Merrill, a su vez, y por el contrario, uno de los autoctonistas más acérrimos, dice que éste admite la probabilidad de que alguna vez hayan podido alcanzarse las costas orientales americanas por naves africanas, representativas de una cultura agrícola y de civilizaciones avanzadas. Sobre este particular de la ruta atlántica, Heyerdahl<sup>21</sup> señala que ésta es más alargada que otras, pero ofrece, en cambio, condiciones de travesía más favorables en términos de clima, corrientes y vientos. Una de estas corrientes lleva justamente desde la costa NW. africana a las Canarias, y de ahí hasta el golfo de México y las Indias Occidentales. Otra de estas corrientes tiene su origen en Madagascar y Sudáfrica, y lleva también a las costas brasileñas. La ruta colombina pudo haber sido bisada antes por otras embarcaciones, y con éstas pudieron llegar por lo menos un gran número de plantas, y desde luego otros elementos culturales. De este modo, existieron dos rutas fáciles de navegar en el pasado, como serían

---

<sup>19</sup> Cfr. Dittmer, *ibid.*, 230.

<sup>20</sup> Heyerdahl, 1964, 134.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 139.

la que saliera de Madagascar y la de Noráfrica, con escala en las Canarias.

Pericot<sup>22</sup> acepta la idea de Menghin relativa a que las pinturas patagónicas representarían el último paso de un largo viaje que lleva desde Europa hasta América la cultura del Viejo Mundo. Sobre este particular del contacto, Pericot<sup>23</sup> observa que éste debió efectuarse de un modo más bien fortuito, aunque advierte sobre el hecho de que la navegación circummediterránea tenía capacidad suficiente para realizar la travesía atlántica en las épocas fenicia y griega. En este sentido, señala también la existencia de fuentes árabes posteriores que registran la salida hacia el Oeste de grupos de embarcaciones que nunca regresaron.

Abundando en esta lógica, la idea de navegaciones fortuitas resulta confirmada por los datos modernos, pues se tienen ya noticias de viajes, ejecutados desde Canarias, y, varias veces, por individuos tripulantes de embarcaciones poco fuertes, pero favorecidas por las corrientes, que les llevaban al Caribe, o a las costas orientales de América. Aparte de las mencionadas navegaciones, existen las dadas por el Padre Gumilla, en 1741, y otras posteriores contadas por los mismos canarios, que consideran como relativamente fácil este viaje, incluso en embarcaciones de poco tonelaje y desprovistas de seguridades para navegar por alta mar. Basta, dicen, con que sean favorables los vientos y que la mar esté suficientemente calma, para que pueda alcanzarse América.

En el caso de los sellos o pintaderas, Alcina<sup>24</sup>, considera que llegaron al área mesoamericana desde el Mediterráneo, y a partir de un punto de lanzamiento que sería el de Noráfrica, en fechas que estima alrededor de la primera mitad del primer milenio antes de Cristo. Admite Alcina que ésta puede haber sido una difusión fortuita, y que debido a la escasa cantidad de gentes que hicieron el arribo a las costas americanas, no dejaron huellas raciales significativas. Empero, si bien una escasa población de este tipo pudo quedar sumergida dentro del conjunto de una

---

<sup>22</sup> Pericot, 1962-a, 16.

<sup>23</sup> *Ob cit*

<sup>24</sup> Alcina, 1958, 205.

gran masa indígena, se observan<sup>25</sup> algunos rasgos negroides en esculturas y en cerámicas de la región del golfo de México, y somáticamente en N.E. de Norteamérica, siendo éste el caso entre algonquinos e iroqueses. Este fenómeno ha sido también advertido por Wuthenau<sup>26</sup>, cuando señala la presencia de características negroides y caucasoides en varias zonas de México, como en el valle central y estados de Veracruz, Guerrero, Chiapas y Tamaulipas. Incluso parece cierta una influencia de estilo greco-romano, como la representada por una cabecita encontrada en el valle de Toluca (México) y que ha sido fechada en 200 años antes de Cristo<sup>27</sup>. Este hallazgo hace suponer a Alcina que los romanos y los mediterráneos, en general, tenían capacidad de navegación suficiente para alcanzar las costas americanas con sus embarcaciones. En cada caso, empero, cabe admitir que no era indispensable que fueran naves romanas las que hicieron esta travesía pues podrían ser otras mediterráneas que, a su vez, difundieron rasgos culturales adquiridos de Roma o de estaciones de tradición grecorromana.

Al hacer hincapié Alcina en el rastro distribucional de las pintaderas, y en su cronología y formas, tanto como en su respectiva identidad cultural, pone de relieve<sup>28</sup>, por una parte, la conexión sucesiva de las mismas en una amplia área que va desde la costa occidental africana, pasa por Noráfrica y las Canarias, hasta llegar a la región del Caribe. El único punto en que se interrumpe esta línea continua es el mismo foso atlántico, con algunos vacíos intermedios que no tienen gran significación desde este punto del problema. La sucesión geográfica y cronológica de las pintaderas es ascendente, y en tal caso se manifiesta desde una que sería hipotéticamente originaria, y que se habría dado hace unos 6000 años en la zona circummediterránea, y hace unos 2500 en la misma América, en las regiones insular, mesoamericana, y norte de Sudamérica<sup>29</sup>.

Indudablemente, éste no es un argumento que se aplique a

<sup>25</sup> Alcina, 1955, 879.

<sup>26</sup> Wuthenau, 1966, 109-110.

<sup>27</sup> Cfr. Alcina, 1969, 16.

<sup>28</sup> *Ibid.*, 207.

<sup>29</sup> *Ibid.*, 217 y 232.

un rasgo cultural aislado, pues son varios más, como hemos visto, los que se presentan relacionados con una probable emigración desde el Circummediterráneo. Abundando en sus tesis, Alcina afirma que el caso de la difusión se da también en forma de asociaciones, como la de vasijas con mango y vertedero, donde, por tratarse de dos rasgos funcionalmente integrados, no puede admitirse una doble convergencia inventiva. Refuerza Alcina sus argumentos atendiendo a la presencia de ejemplares característicos de mango-vertedero en el Viejo Mundo y en Canarias, lugar éste desde donde se produciría la migración a Mesoamérica y Centroamérica. Conforme a eso, la ruta atlántica desde Canarias sería coherente en el sentido de que la distribución de vasijas con mango y vertedero en América se da precisamente en aquellas regiones que se distinguen por ser las de acceso más lógico a embarcaciones con capacidad de navegación grandemente dependiente de las corrientes y de los vientos.

Sucedió lo mismo con el vaso trípode, el cual aparece durante el Neolítico y la Edad del Bronce en el Circummediterráneo, y se presenta en Mesoamérica<sup>31</sup>. Estos fenómenos se repiten, en otros casos, como el de las figuras femeninas perniabiernas, para las cuales Alcina<sup>32</sup> postula funciones también similares en uno y otro continente, así como una secuencia cronológica que lleva lógicamente desde el Irán, pasando por Canarias, hasta América. En Canarias, lugar donde se daban los tipos más semejantes a los americanos, estas figuritas pudieron llegar unos 1.500 años antes de Cristo, mientras que la fecha más antigua de que se dispone para América, la correspondiente a la cultura Salinar (Perú), sería la de 400 años antes de Cristo. Aquí, de nuevo, se representa una cronología de secuencia progresiva, y lógica, que lo es también en el orden funcional tanto como en el formal.

Lo mismo que se dice de rasgos en particular, como los ya señalados, se destaca también la probabilidad de que en gran parte de su conjunto, haya que atribuir el desarrollo de un neolítico americano a la influencia de un antecesor que cabe identifi-

---

<sup>30</sup> Alcina, 1958-a, 10

<sup>31</sup> Cfr Alcina, 1953, 84 y sigs.

<sup>32</sup> Alcina, 1962, 127

car en el Viejo Mundo<sup>33</sup>. Por ello, Alcina es partidario de aplicar el método comparado, con estudios intensivos, a las regiones del Circuncaribe y Occidente del Brasil, por una parte, y a la zona comprendida entre la región africana occidental, Azores, Canarias y Cabo Verde, por otra. Según esa tesis, el Atlántico fue atravesado, durante el segundo milenio antes de Cristo, por gentes que partieron de Noráfrica y las Canarias. Estas gentes, provistas de cultura neolítica, tenían conocimientos pesqueros, y por lo mismo no les fue difícil subsistir en el mar. Esta travesía pudieron haberla hecho en unos seis meses, pero en todo caso la facilitaron las corrientes<sup>34</sup>.

La ocurrencia de hachas metálicas en América, con antecedentes en la antigua Mesopotamia, hace que también Ibarra<sup>35</sup> postule un desarrollo de la metalurgia indígena americana por difusión originalmente mediterránea. Dicho autor<sup>36</sup> añade que los altos numerales americanos debieron ser una difusión egipcia producida desde Asia.

Carter<sup>37</sup> considera que las plantas que aparecen cultivadas en lugares continentales diferentes, como América y el Viejo Mundo, sugieren que el hombre no puede haberlas domesticado dos veces, sobre todo si se tiene en cuenta que algunas de ellas sólo pudieron atravesar las barreras oceánicas conducidas por los mismos hombres. Ciertas plantas son empleadas, por ejemplo, para usos medicinales en Africa y en América, y Carter deduce de eso que conclusiones culturales de este tipo no suelen darse como efectos de un paralelismo, sino más bien como resultado de difusiones concretas. Conforme a este criterio, Carter objeta la aplicación de una tesis paralelista al surgimiento de las civilizaciones indígenas americanas, aunque reconoce que la difusión tendría un carácter más extensivo que intensivo. Por añadidura, el contacto intercontinental pudo efectuarse ya desde el tercer milenio antes de Cristo, si tenemos en cuenta que las navegaciones eran normales entre los diferentes países del Me-

<sup>33</sup> Cfr. Alcina, 1955, 880.

<sup>34</sup> Cfr. Alcina, 1969, 10 y sigs.

<sup>35</sup> Ibarra, 1964, 30.

<sup>36</sup> Ibarra, 1958, 291

<sup>37</sup> Carter, 1950, 161 y sigs.

diterráneo y del Atlántico en aquellas fechas, y llegaban desde la India hasta Arabia, de manera que, como resultado de este hecho, Carter estima que las travesías oceánicas estaban dentro de las posibilidades de navegación del Viejo Mundo.

Hasta aquí algunos de los paralelos de cultura indígena americana comparados con formas equivalentes entre pueblos africanos y circummediterráneos, tal como son planteados por los difusionistas. Así vistos, apuntan a una conexión histórica entre ambos continentes, realizada por la vía atlántica. Esta conexión implica algo más que el desenvolvimiento de ideas y formas similares de cultura. Implica más bien que las ideas que llevaron al desarrollo de las altas culturas americanas, a partir del Neolítico, no fueron originales o autóctonas, por lo menos en algunas de sus manifestaciones formativas. Más bien representan transformaciones culturales derivadas de préstamos cuyas fuentes específicas encontramos, además de en Asia, también en Africa y en el amplio mosaico cultural del Mediterráneo.

Sin embargo, conviene repasar las objeciones que se hacen a estos puntos de vista por parte de quienes propugnan la tesis de un *desarrollo independiente* y que, por lo mismo, se resisten a la idea de que haya habido algo más que poblamientos por el estrecho de Behring.

\* \* \*

La oposición a considerar como debidos a difusiones los paralelismos atlanto-mediterráneos, antes señalados, tiene como postulantes a un afamado grupo de americanistas. Sus objeciones son ciertamente significativas en algunos aspectos. En primer lugar, se destaca en ellos una crítica contra la tendencia difusionista a estimar explicables los paralelos culturales en función del préstamo, más que en función de un desarrollo convergente. En rigor, esta crítica se configura en torno al principio paralelista de que una vez dadas ciertas condiciones históricas de base, y admitiendo el principio de la estructura unitaria de la mente humana, América produjo respuestas culturales semejantes a las que pudieron darse en el Viejo Mundo.

Por ejemplo, Imbelloni<sup>38</sup> considera que la práctica de la momificación en la región andina surgió de la observación de los efectos naturales ejercidos sobre el cuerpo por la sequedad climática y de la observación de los compuestos químicos de los suelos en su relación con los cadáveres humanos. Según eso, el modelo de la momificación andina no se encuentra dado en la imitación de lo que se hacía en el Viejo Mundo, sino más bien en el desarrollo de la idea ritual que propendía a guardar ciertos cadáveres y que, para ello, disponía de la observación de la misma naturaleza y de sus procesos conocidos de corrupción y conservación. De acuerdo con eso, la observación sistemática condujo al conocimiento de que las vísceras eran lo más corruptible del animal, y de ahí que éstas fueran las partes extraídas para prolongar el estado de conservación de los cadáveres. Esta sería, pues, una confluencia derivada del proceso de observación paralela de los mismos fenómenos en diferentes partes del mundo.

Parece, por lo mismo, plausible para los autoctonistas rechazar la idea sistemática de una difusión desde el Viejo Mundo, por lo menos en lo que se refiere a las formas de alta cultura, precisamente porque para ellos este criterio difusionista tiende a exagerar la importancia de los procesos históricos de dependencia cultural<sup>39</sup>. En torno a esa dependencia, Imbelloni señala que el difusionismo, al destacar la presencia de un rasgo, hace olvido del complejo mismo en que dicho rasgo está integrado. O sea que, si consideramos la momificación andina como una práctica funeraria tomada en préstamos del antiguo Egipto, debe también exigirse que lo sea el conjunto ceremonial visto en términos de una integración semejante. Por añadidura, también rechaza Imbelloni la idea de que el Viejo Mundo programara sus migraciones al continente americano, y sobre esta base un principio del autoctonismo consistiría en exigir la demostración de que la difusión de un rasgo se presenta bajo la forma de un sistema total de paralelos<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup> Imbelloni, 1956, 282.

<sup>39</sup> Cfr. Imbelloni, 1956, 284.

<sup>40</sup> Cfr. Kelley, 1964, 18.

Kubler<sup>41</sup> ha insistido en una posición paralelista y contraria a la del difusionismo, cuando dice que las formas arquitectónicas paralelas que se encuentran en México y en el Circummediterráneo, como son los saledizos en forma de trébol, los edificios pequeños interiores o ubicados dentro de los templos, los árboles en forma de cruz, las columnas decoradas, entradas en forma de boca, casas con patio interior, no pueden considerarse como productos de una difusión, sino más bien como un desarrollo convergente que lleva a las mismas formas y que, no obstante, no tiene origen en un proceso formativo semejante. Por otra parte, la diferencia entre ambas formas o paralelos consistiría en que una y otra parten de un proceso caracterizado por el hecho de que no constituyen la misma unidad orgánica que la conocida en la región del Circummediterráneo.

Al respecto, añade Kubler<sup>42</sup> que si bien ambas formas son parecidas, sin embargo, no lo son sus tradiciones, de lo cual resulta que muchas tesis difusionistas en este sentido deben interpretarse en términos de la misma conclusión que podría darse si, por ejemplo, al percibir como muy parecidas a dos personas diferentes, no advirtiéramos que cada una de ellas nacieron en lugares distintos y poseen, asimismo, una diferente fórmula genética.

Los argumentos demostrativos de un autoctonismo cultural por parte de las civilizaciones americanas, son defendidos por Caso<sup>43</sup>, indicando éste que, hasta ahora, las pruebas de la difusión desde el Viejo Mundo son insuficientes si tenemos en cuenta que no se ha resuelto el problema de la prioridad cronológica específica de muchos rasgos culturales. Por añadidura, aunque Caso no discute la existencia de paralelismos, sí pone en cuestión la idea de que puedan tener la misma significación funcional en cada caso. Para ello acude a la comparación de rasgos que se dan paralelamente en el valle de México y en Monte Albán (Oaxaca, México), y en varias partes del Viejo Mundo (Grecia, Roma, Nueva Guinea y Africa), como son los trenzados en líneas paralelas.

---

<sup>41</sup> Kubler, 1964, 345.

<sup>42</sup> *Ibid.*, 357.

<sup>43</sup> Caso, 1964, 55.

Según Caso, dichos parecidos no pueden interpretarse como evidencias de difusión o de un origen común, pues lo importante es que, por ejemplo, en Monte Albán se usaba para servir de brazalete, en Micenas como anillos, y en Roma en los mosaicos.

En cambio, señala Caso que hay ejemplos de paralelos en forma y función, como son hachas y vasos peruanos, mexicanos y palestinos<sup>44</sup>, sin embargo de lo cual éste y otros paralelismos, digamos, la representación de figuras humanas en la escultura, el calendario, la pirámide, etc., deben explicarse más en función del desenvolvimiento de ideas semejantes, bajo condiciones de desarrollo cultural también similares, que en función de un trasvase de formas y de sistemas culturales del Viejo Mundo. Para Caso, son dos las cuestiones a resolver para poder aceptar la tesis difusionista que trata de explicar el surgimiento de las altas culturas americanas. Una de ellas es la que se refiere a la coherencia cronológica relativa de cada origen cultural, y la segunda es la comprobación de la capacidad de navegación que pudo existir en el Viejo Mundo en cuanto a tripular barcos en condiciones de atravesar, en ese caso, el Atlántico de manera intencional y programada en fechas que sean anteriores a la aparición de los rasgos que caracterizan a las altas culturas americanas y que, empero, presentan paralelismos con los del Viejo Mundo, como son, sobre todo, la escritura, el calendario, y la pirámide, amén de los demás señalados. El obstáculo principal que pone Caso para aceptar la tesis del poblamiento atlántico, es la de que antes del siglo xv no existían naves capaces de hacer con éxito esta travesía en mar abierto. En realidad, estima Caso, dichas dificultades serían insuperables por la imposibilidad de coordinar un curso seguro que llevara a las naves hasta América.

Esas objeciones aluden, por lo tanto, a que no habiendo existido esta capacidad para navegar, las altas culturas americanas fueron un producto del propio desarrollo de ideas y de condiciones que pueden parecer semejantes, pero que no indican necesariamente una difusión. Refuerza Caso su tesis antidifusionista

---

<sup>44</sup> 1964, 60

<sup>45</sup> *Ibid.*, 67.

con la observación de que mientras los núcleos de alta civilización en Mesoamérica y en la región andina estaban separados por obstáculos naturales que les impedían relacionarse, sin embargo de eso, ambos se parecían entre sí en su desarrollo, más que separadamente comparadas dichas civilizaciones con las culturas de cazadores y de recolectores que vivían dentro de territorios conexos y con los que mantenían contactos. De este modo, el problema de la formación de las altas culturas indígenas americanas se representa como una verificación que tiene que darse, de acuerdo con Caso, en el terreno de la cronología y de la navegación.

Las críticas al difusionismo se centran, principalmente, en términos del problema que representa verificar varias cuestiones. Además del concepto de integración cultural exigido por los autoctonistas que obliga a considerar el funcionamiento de un complejo, más que de un rasgo, de varios paralelos, más que de uno sólo, la condición que añaden es la de que se den evidencias de cronología y navegación, tanto como de distancia<sup>46</sup>. A la objeción de que no ha sido hecha, hasta ahora, esta demostración, Rowe añade que los difusionistas han limitado su problemática al reconocimiento de paralelismos aislados, y se han evadido de las cuestiones teóricas más importantes, como sería determinar, por ejemplo, la distribución geográfica completa de los rasgos. Según Rowe<sup>47</sup>, un paralelo cultural observable en diferentes áreas no supone necesidad de contacto directo, ya que lo importante es considerar la significación específica del rasgo *in situ*. La explicación difusionista, afirma Rowe, tiende a inhibir la aplicación del método comparado en Arqueología, pues si toda la cultura puede explicarse como un resultado de secuencias progresivas de influencias, entonces sería innecesario tratar de verificar los problemas del surgimiento de las civilizaciones, teniendo en cuenta que las ideas importantes o nucleares de cada una de ellas sería la consecuencia de la difusión de una anterior<sup>48</sup>.

---

<sup>46</sup> Cfr Rowe, 1966, 334

<sup>47</sup> *Ibíd*, 335.

<sup>48</sup> Cfr. Rowe, 1966, 337

Los supuestos de que hacen uso los difusionistas y los paralelistas al defender sus respectivas tesis en torno al origen histórico del desarrollo de las civilizaciones americanas, son tanto teóricos como metodológicos, y por esa razón el problema que se nos plantea está tanto en dilucidar la cuestión de la plausibilidad teórica de una y otra posiciones, como en determinar los caminos que pueden conducirnos a solventar el problema. Estos caminos apuntan, sobre todo, a la metodología, y eso es lo que nos interesa destacar desde ahora.

Digamos de entrada que pueden advertirse dos posiciones claras en la defensa del difusionismo: 1) la representada por el arqueologismo, y 2) la representada por la investigación etnológica. Ambas son diferentes, porque dependen de una estructura de datos también diferentes. Mientras el arqueólogo tiende a la comparación formal, a la tipología, el etnólogo tiende a la verificación funcional de dicha tipología, y, por lo mismo, sus análisis respectivos operan, en principio, con resultados distintos. Empero de eso, cabe también decir que los arqueólogos se aproximan progresivamente a los análisis de la Etnología, en la medida en que ésta les proporciona métodos relativos a la asociación funcional de las formas culturales. En principio, el análisis funcional parte de una mayor complejidad de ideas, y su teoría es mucho más exigente que la resultante de la aplicación de métodos de comparación meramente formalistas o tipológicos.

En esa progresión hacia el empleo de métodos donde la comparación tipológica o formal es seguida por la comparación funcional o asociativa, se encuentran los arqueólogos del nuevo difusionismo. Las bases de este *neodifusionismo* trascienden sobre tres aspectos tradicionales, como son: forma, distribución y cronología. Además de tales requerimientos, tienden a considerar otros factores, como son, integración relativa y grado de necesidad o utilidad de cada uno de los rasgos considerados. Por añadidura, procuran resolver estas cuestiones acudiendo a principios teóricos más complejos, y para ello recurren a los métodos empleados comunmente para el estudio de los procesos de aculturación y de cambio social. Son estos últimos los que van constituyendo el armazón de las teorías neodifusionistas. Veamos, por tanto, cómo opera el neodifusionismo.

Uno de ellos, Alcina, parte del principio de que se puede convenir en que dos pueblos diferentes lleguen a las mismas conclusiones —paralelismo— cuando se trata de formas culturales aplicadas a necesidades vitales, como pueden serlo la invención de un cuchillo, o de una punta de flecha, o de la misma rueda. Pero, señala, dicho principio no es aplicable cuando se trata de elementos culturales que no tienen caracteres de indispensabilidad, como es el caso con los recipientes en forma de asa-estribo<sup>49</sup>. Alcina recalca que el difusionismo debe basar sus hipótesis en el reconocimiento de ciertos hechos: 1) que las respuestas culturales refieran a fenómenos secundarios, esto es, no relacionados con necesidades vitales; 2) que la forma cultural tenga el mismo sentido en cuanto a utilidad en las dos o más regiones comparadas; 3) que si bien no exista continuidad geográfica en la ocurrencia de dos o más paralelos culturales, exista la posibilidad, en cambio, de una relación histórica sobre la base de que la falta de pruebas empíricas no es criterio suficiente para rechazar la difusión, 4) que pueda investigarse simultáneamente en dos direcciones: la constituida por una homogeneidad geográfica continua, y la constituida por una secuencia cronológica a partir de una región conocida como el punto más antiguo de manifestación del rasgo cultural específico, y 5) que exista semejanza tanto en la forma como en la decoración del objeto: tal es el caso de las llamadas pintaderas o sellos de marcar. De la manera como expone Alcina, puede reconocerse en estos postulados una marcada influencia arqueologista, en el sentido de referirse a modos de verificación que aluden a la forma y a sus detalles, pero también a su distribución y a sus relativas estratigrafías cronológicas.

Willey<sup>50</sup> pone en cuestión la aplicabilidad de los principios difusionistas en Arqueología. Acude para ello a una lógica diferente a la que es tradicional en su metodología. Si los tradicionalistas, por ejemplo, siempre han examinado el problema de la difusión partiendo del concepto de relaciones históricas, un paso más convincente debiera ser el de que cuando, además, se aplica

---

<sup>49</sup> Cfr. Alcina, 1958, 205.

<sup>50</sup> Willey, 1953, 369.

un método analítico consistente en verificar esta relación desde el punto de vista de patrón y de función. Desde un ángulo meramente arqueológico —y en cierto modo los datos de que se dispone son esencialmente arqueológicos—, el problema principal a verificar será establecer el antes, el durante, y el después<sup>51</sup>, ya que, de este modo, estaremos en condiciones de considerar la especificidad relativa del contacto cultural que estamos procurando determinar. Sobre tales bases, los estudios de difusión hechos hasta ahora carecen de los requisitos de integración que deben tener desde el punto de vista de una verdadera reconstrucción cultural. Así, tanto el paralelismo, como el difusionismo, deben explicar en términos de patrón y de función, pues sólo así es posible determinar la probabilidad o la misma certidumbre de una y otra posición. En tal caso, el problema que se discute es más de síntesis cultural que de distribución o de cronología. Llevados por este planteamiento, cabe añadir que el problema de la difusión atlántica se puede considerar desde la teoría funcional de los rasgos culturales.

Acordes con ello, algunos de los paralelos pueden examinarse en términos de los principios expuestos por Goldenweiser<sup>52</sup>. Estos principios se fundan en la idea de que cada forma cultural posee unos límites específicos de actividad. Tales límites son de ámbito mayor o menor según la aplicabilidad o usos de la forma en cuestión. Asimismo, la capacidad productiva de una máquina moderna de segar, por ejemplo, es diferente a la de una hoz, pero, además, también lo es el complejo industrial a que hace referencia, de manera que, según esta asociación funcional diferenciada, también serán diferentes las asociaciones sociales y las estructuras culturales en que interviene cada instrumento de segar por separado en cada sociedad específica. En tal sentido, cuando las posibilidades intrínsecas de variación funcional de un rasgo son muy limitadas, es muy grande la probabilidad de que se den convergencias culturales. Pero cuando se trata de una forma que, como en el caso de la comparación entre una hoz y una máquina moderna de segar, refiere a complejos tecnológi-

<sup>51</sup> Cfr. Willey, *ibid*, 369.

<sup>52</sup> Goldenweiser, 1933, 45 y sigs

cos y científicos diferentes, entonces la convergencia o paralelismo sería imposible, a menos que se repitiera todo el proceso cultural en una escala de fenómenos que incluyen tanto un proceso como una producción paralela de formas e ideas también similares. O sea: a partir de una forma o rasgo determinados, tendrán que darse usos, significados y funciones semejantes y, asimismo, complejos y patrones culturales. En cada caso, la progresión hacia la complejidad cultural, a partir de un rasgo, requiere para que se admita su convergencia o paralelismo en dos o más lugares, condiciones internas semejantes que incluyen tanto un sistema ecológico, como un sistema sociocultural iguales, considerados en sus puntos de partida.

La idea que subyace en una aplicación correcta del método comparado es la de que, cuando se aplica al estudio de la difusión, la semejanza entre dos formas sencillas aisladas no es necesariamente indicio de conexión entre dos sociedades. En tal caso, según Boas<sup>53</sup>, se encuentran, y como ejemplo entre otros más, el fuego, el arco, el shamanismo, la creencia en un más allá, y estructuras gramaticales.

Aplicar el método comparado a formas sencillas tiende, pues, a resolverse considerando que su significación, en orden a probar una difusión, es irrelevante, si se tiene en cuenta el principio paralelista de la convergencia múltiple de formas semejantes que surgen del desarrollo de ideas «sencillas» en diversas partes del mundo. En tal caso, estas ideas derivan de condiciones y de necesidades paralelas. La cuestión se complica cuando acudimos a las causas de las variaciones, pues en tal extremo serían dos<sup>54</sup> las condiciones que se combinan para producir una diferencia de desarrollo: 1) el medio ambiente externo, y 2) el medio ambiente interno. El primero refiere a la estructura de la forma ecológica; el segundo a la estructura de la forma psicológica. Ampliando este requerimiento, es obvio que si recurrimos al primer factor, advertimos en seguida que son muy variados los ambientes ecológicos, y que son también diferentes las condiciones que imponen al desenvolvimiento cultural de cada grupo

---

<sup>53</sup> Boas, 1966, 271.

<sup>54</sup> Boas, *ibidem*.

humano. Entre otras condiciones, puede afectar al tamaño demográfico, a los tipos de alimentación, a los materiales básicos, esto es, a los recursos, al vestido, a la vivienda, etc., y a tecnologías específicas, así como a condicionamientos relativos a las formas sociales y económicas y, por ende, a otras formas estructurales. Si eso es así, resultarán adaptativamente distintas las formas culturales, incluida la organización psicológica del sistema de personalidad.

Este simple resultado de la forma ecológica distinta es teóricamente suficiente para indicar que la difusión a cualquier escala, sea de unos pocos elementos, o sea de complejos integrados, o en cambio, de formas sencillas separadas, no significa que se produzca necesariamente el primer tipo de integración funcional que tuviera en origen el elemento, sobre todo si la tecnología está ambientada, esto es, si los recursos en que se basa son locales. En la medida en que sean locales, en esa medida va a ser prácticamente difícil reproducir funcionalmente la misma forma cultural de origen, de manera que, en tal caso, va a producirse una adaptación que estaría dada en función de las posibilidades funcionales que tenga el rasgo o forma de cultura. Sería ingenuo, por ejemplo, esperar que los rasgos culturales mediterráneos se mantuvieran integrados, sin reinterpretación, sin sincretismo, en el seno de las civilizaciones indígenas americanas, sobre todo si tenemos en cuenta la estructura cultural diferente de ambas regiones en el momento de producirse el contacto. Por añadidura, entonces, dondequiera que encontremos ecologías diferentes y rasgos culturales semejantes, podemos llegar a la conclusión de que la causa primera de esta similaridad no es ecológica, sino histórica, y por lo mismo, si existe continuidad de distribución, entonces el postulado difusionista puede reforzarse considerablemente.

Sobre este particular, cabe coincidir con Steward<sup>55</sup>, cuando dice no haber dudas acerca de la difusión de plantas, animales, tecnología, estilos y patrones del Viejo Mundo. Las pruebas de la difusión se producen, no en el terreno de lo económicamente básico, ni de los tipos sociales, políticos y religiosos. Esto es,

<sup>55</sup> Steward, 1958, 208

no se dan en términos del núcleo cultural. La difusión nuclear sólo podría darse en el caso de una migración masiva y organizada, o de una conquista militar total. Incluso es aceptable, pues, su conclusión de que entre ambos hemisferios ha habido difusión, y así parece demostrarlo uno de sus cuadros cronológicos vistos en términos de dataciones absolutas comparadas entre Mesopotamia, Egipto, Perú y Mesoamérica, cuando muestra que el llamado *periodo formativo* de Perú y Mesoamérica se manifiesta hacia el año 1000 antes de Cristo, y en el momento en que Mesopotamia y Egipto se hallan en plena capacidad cultural de expandirse<sup>56</sup>.

En cierto modo, también puede afirmarse que determinadas similitudes en diferentes partes del mundo serían ideas originadas en causas semejantes, y así las variaciones de las mismas constituyen detalles de menor importancia<sup>57</sup>. Inclusive, podría serlo el principio de la distribución continua impuesto por Boas<sup>58</sup> como condición para probar una conexión histórica, si no existieran bases de comparación cultural apoyadas en series de cronologías, a su vez correspondidas por adaptaciones funcionales lógicas. Pueden ser, pues, poco significativos los paralelismos si refieren, como ya apuntamos, a rasgos de poca o escasa complejidad.

Debe reconocerse también, como ha dicho Kroeber<sup>59</sup>, que el problema consiste en determinar la relativa universalidad de los rasgos que se consideran difundidos, pues cuanto más universal sea el rasgo, mayores serán las dificultades que encontremos para establecer las pruebas históricas de sus relaciones interétnicas. Asimismo, es también cierto<sup>60</sup> que cualquier desarrollo cultural visto en términos de civilización, difícilmente podrá explicarse como una totalidad de proceso independiente, pues incluso cuando pueda iniciarse como una peculiaridad histórica, sin embargo, en el curso de su proceso intervendrán factores alógenos.

---

<sup>56</sup> Steward, *ibid*, 109.

<sup>57</sup> Cfr Boas, 1966, 275.

<sup>58</sup> *Ibidem*.

<sup>59</sup> Kroeber, 1945, 231

<sup>60</sup> *Ibid*, 232 y sigs

Por estas razones, para ser probada esta difusión desde el Circummediterráneo, no es indispensable allegar la demostración de un curso histórico que lleva de una región a otra ciertas formas de cultura, y ni siquiera es necesaria la confirmación de una integración funcional bisada respecto de la original. El hecho de que todo proceso de aculturación sea selectivo, más particularmente cuando se refiere a la estructura de una civilización, hace que durante su concurrencia no se repitan necesariamente la totalidad de las combinaciones culturales posibles. Como señala Lowie<sup>61</sup>, el hecho de que los japoneses hayan adquirido gran parte de la ciencia occidental, no significa que hayan suprimido en la nueva combinación cultural resultante su ética y su patrón cultural. Eso va a depender de cuán sincrónicos sean los procesos culturales. Así expuesto el problema, las prioridades metodológicas no van a consistir en poner primero la condición de tener que demostrar si era o no posible navegar por el Atlántico. Más bien, el orden lógico debe consistir en establecer el paralelismo formal de los rasgos culturales y, por añadidura, su funcionalidad relativa, aunque en este último caso el concepto de integración, ya dijimos, no equivale a que se reproduzca la totalidad del sistema cultural a que se refiere en origen el paralelo cultural.

Podríamos aceptar el postulado del desarrollo independiente limitado, si se tratara de unos pocos paralelos, aislados y desprovistos de significación histórica. Incluso un elemento tan importante para el crecimiento de una civilización, como es el de la agricultura, podría rechazarse que fuera debido a difusión desde el Viejo Mundo, como postulan algunos autores<sup>62</sup>, y podría admitirse, por lo mismo, que los principales cultígenos fueran en origen nativos de América. Pero es el caso que el problema de las convergencias no se refiere sólo a la agricultura, sino que es más bien un fenómeno que se da en niveles más complejos de la vida cultural, niveles que, por otra parte, no se aplican a la noción de necesidad, como pueden serlo los relativos a la subsistencia. Las convergencias que encontramos son más abundan-

---

<sup>61</sup> Lowie, 1947, 355.

<sup>62</sup> Cfr. Comas, 1961, 67.

tes y refieren, más que a rasgos sencillos, a complejos que requieren una elaboración o respuesta también complejas en el tiempo y en la estructura sociocultural. Este sería el caso, entre otros, de la pirámide, la momificación, la metalurgia, ciertos tipos de escultura, y algunas combinaciones religiosas.

Uno de los puntos a discutir, es el de si el método de comparar dos formas iguales puede considerarse suficiente para probar una difusión. Si acomodamos nuestras explicaciones a la tesis del paralelismo, no hay duda de que la comparación formal en sí no es aceptable como prueba. Tanto el problema de la conexión histórica, como el del origen de uno o más rasgos culturales, quedan al margen cuando se trata de hacer su demostración recurriendo sólo a los principios de la semejanza morfológica. El paralelismo representará, en definitiva, una clase de interpretación basada en la idea de que la mente humana es uniforme y desarrolla ideas y respuestas semejantes dondequiera que se le plantean problemas también semejantes. Aunque no puede afirmarse que los autoctonistas americanos rechacen la totalidad de los esquemas difusionistas, pues en realidad lo que reclaman es el reconocimiento de que las civilizaciones indígenas de América deben considerarse desarrollos independientes, lo cierto es que su autoctonismo les lleva a forzar la exigencia de una interpretación funcional de las formas comparadas, imponiendo condiciones que el actual estado y técnicas de investigación existente todavía no satisface.

Por tanto, y en la medida en que los paralelismos no podrán explicarse por difusión, el método de la distribución geográfica relativa de un rasgo puede resultar irrelevante<sup>63</sup>. Este sería el caso, por ejemplo, de la azada, de la cerámica incisa, de los dibujos geométricos, e incluso de la misma agricultura de roza. La función de un rasgo sencillo, como el arado, supone entonces que le sean comunes algunos caracteres, tales, mango, hoja y reja<sup>64</sup>. El problema, como estamos viendo, es tanto de teoría como de método, y su resolución descansa, además de en la verificación de datos arqueológicos, en inferencias de carácter

---

<sup>63</sup> Cfr. Service, 1964, 368.

<sup>64</sup> *Ibid.*, 370.

funcional. Pero, asimismo, en el caso de las civilizaciones americanas la resolución que afrontamos está facilitada por el acceso a otras fuentes de conocimiento. Estas son: informaciones escritas por los misioneros, cronistas de Indias, noticias indígenas y tradición oral, además de la misma documentación administrativa y oficial. Se cuenta, así, con un repertorio de datos arqueológicos y etnográficos, y además con cronologías que permiten trabajar con una amplia perspectiva cultural. En función, de estos materiales, el método de verificación no está tan limitado como lo estaría en el caso de tener que recurrir únicamente a los restos arqueológicos; de lo cual podemos deducir que nuestra problemática histórica formal se reduce a establecer, por una parte, la prueba de los medios empleados para llegar a América, y por otra la prueba de las secuencias cronológicas que llevan, sin discontinuidad significativa, de un continente a otro. En algunos casos, puede bastar el hecho de que ciertos elementos culturales tengan una amplia distribución y una continuidad cronológica comprobada, como parecen demostrar varios autores, para que en los casos antes expuestos pueda hablarse de difusión, más que de convergencia paralela. Y, de aceptarse la difusión para dos o más rasgos, no cabe duda de que se habrá fundado un principio lógico para admitir otros, incluso los que parecen más dudosos, en el sentido de que si uno o más fenómenos culturales son aceptados como de origen mediterráneo, entonces también podrían serlo otros más, ya que en tal caso tanto la navegación, como la cronología, quedarían implícitamente aceptados. Por ello, para que la posición convergente o paralelista sea consecuente consigo misma, es indispensable que ninguna forma de civilización americana pueda ser, en ese caso, de origen mediterráneo.

Gran parte del problema consiste, pues, en que, por una parte, pueden existir variaciones debidas a los condicionamientos del medio geográfico. Así, las cronologías comparadas y las distribuciones geográficas deben proporcionarnos comprobaciones formales acerca de la relativa contemporaneidad de los paralelos y de la precedencia específica de unos sobre otros. Este será un procedimiento metodológicamente formal. De acuerdo con eso, si de lo que se trata es de probar una difusión desde un punto

geográfico, y si con ella se trata de relacionar a dos poblaciones muy distanciadas entre sí, entonces se impone aceptar el principio de que esta difusión ha constituido un proceso de tiempo largo, salvo que la velocidad relativa de la difusión haya dependido de una navegación relativamente rápida y capaz de trasladar, en poco tiempo, formas culturales de un continente a otro. En el caso del Circummediterráneo, no hay duda de que la capacidad de expansión de sus culturas hasta América fue mayor que la de muchas culturas americanas respecto de su capacidad para influirse entre sí y en un espacio continuo.

Al aceptar este supuesto, postulamos también que la difusión desde el Circunmediterráneo a América, no sólo fue probable, sino que también, una vez dadas las condiciones objetivas para una navegación, fue más rápida, incluso, que entre regiones interiores geográficamente más próximas de lo que eran para los mediterráneos. Tardaría, según este principio, y como ejemplo, más tiempo en ser influida Checoslovaquia por España, que lo fuera América por ésta, aun cuando las distancias fueran mayores en el último caso. El problema no es, entonces, de distancia, sino de navegación. La cuestión de la distancia sería un factor importante si se refiriera a conexiones entre pueblos primitivos, pero tratándose de conexiones entre civilizaciones, ésta puede considerarse un asunto ciertamente secundario.

\* \* \*

De este modo, mientras, por una parte, el método comparado tiende al aislamiento de las formas y a producir correspondencias formales, por otra se ve obligado a establecer correlaciones entre las formas y sus posibilidades funcionales, y entre éstas y los recursos adaptativos desarrollados por la sociedad que los integra en su proceso cultural. Una buena metodología inductiva obliga a relacionar formas y condiciones actuando como causas adaptativas. En tal caso, no se trata de discutir las causas u orígenes probables que condujeron a la elaboración de una idea, sino que, para el caso de la difusión o del paralelismo, más bien importa trazar la distribución y

cronología de un rasgo y sus posibilidades adaptativas en cada organización sociocultural. Partiendo de este postulado metodológico, la cuestión de comparar no reside en la investigación del cómo se formó una idea semejante, sino de cómo y cuándo se adoptó, y cómo se adaptó a otra estructura cultural ya existente. Las analogías formales de un rasgo o de un complejo culturales no son, por tanto, pruebas suficientes, pero son el punto de partida inductivo de la difusión, tanto como puede serlo del paralelismo. La distinción entre uno y otro métodos consistirá en que mientras el primero trata de alcanzar, inductivamente, las causas de un desenvolvimiento cultural en las experiencias externas o interétnicas, el segundo procura hacer las inducciones partiendo de la inevitabilidad mecánica de ciertos resultados o formas de cultura.

El hecho de que no se repitan necesariamente dos procesos y de que, asimismo, sean también diferentes grandes partes de las totalidades culturales de sociedades comparadas, como lo son las civilizaciones indígenas americanas y las del Viejo Mundo circummediterráneo, hace que la posición autoctonista se centre en el concepto de la diferente integración funcional que tienen formas que son aparentemente similares. Desde el punto de vista de negar la difusión recurriendo sólo a la diferente integración de las formas, los autoctonistas suelen depender de la prueba de un proceso material que carece, en tal caso, del apoyo de dos fuentes importantes de conocimiento: 1) La de las condiciones o recursos adaptativos que produjeron una forma semejante, con función o integración diferentes, y 2) La de las posibilidades funcionales de los rasgos admitidos como iguales, pero con integración diferente. La aproximación explicativa de los autoctonistas es mayor en el primer caso que en el segundo, aunque tampoco puede afirmarse que sea suficiente.

Caso y Rowe son los que, en nuestra opinión, más se acercan al núcleo de la explicación suficiente, pero sus argumentos carecen, por ahora, de verificación empírica, sobre todo en orden a conciliar la tesis del desarrollo independiente de ciertos paralelos con la necesidad metodológica de ajustar estas semejanzas a un patrón funcional de civilización indígena en tér-

minos de requerimientos causales históricamente discernibles. Este discernimiento sería la contrapartida metodológica que podría exigirse al planteamiento autoctonista, en todo caso poco flexible en materia de información etnológica y en materia también de fundamentación funcional diferenciada a que recurren para explicar las semejanzas

Este problema se le plantea también al difusionista, pero el contexto de su problemática parte de una lógica empírica más coherente, si tenemos en cuenta que los fenómenos a explicar —la difusión desde el Viejo Mundo, específicamente, el Circummediterráneo— se presentan más como un problema de cronología que de analogía, más como un problema de adaptaciones funcionales que como un problema de imposibilidades reales de conexión histórica. Las evidencias formales parecen inclinarse del lado del difusionismo, si bien las cuestiones que señalamos, y las que discutiremos, permiten añadir que el problema metodológico continúa siendo el más importante. Por añadidura, lo es también resolver el problema de cómo y por qué se integraron diferentemente en América formas que, a partir de su semejanza, se les reconoce, en cambio, una adaptación distinta. El problema del difusionismo se presenta planteado, entonces, en términos parecidos al del autoctonista: consiste en demostrar cómo los recursos americanos y las estructuras socioculturales diferentes en el momento de ocurrir la difusión, se constituyen en causa suficiente de diferenciación. Este postulado teórico necesita apoyarse en una convalidación que sólo puede darla el modelo etnográfico, en la medida en que los modelos culturales de la Etnología son más completos que los de la Arqueología.

Asimismo, es evidente que la verificación empírica de la difusión sí requiere, por parte del difusionista, la demostración de una distribución cronológicamente convincente, en el sentido de que algunas de las partes atlánticas del Viejo Mundo próximas a América deben ser más parecidas en patrón y función a las americanas, que las más lejanas. Este supuesto no es necesariamente indiscutible, por otra parte, ya que está condicionado por la existencia o no de homogeneidad cultural en el área circummediterránea, sobre todo si se piensa que puede

darse el caso de que algunas regiones más alejadas que otras de América estuvieran, en cambio, más equipadas o avanzadas en navegación, o en interés, que las más próximas, por ejemplo, Cartago, Grecia y Roma, que las Canarias. Así, entonces, el problema de la difusión debe seguir un orden lógico, que estaría dado por la siguiente secuencia: *forma, función, distribución, cronología y navegación*. En tal caso, éste sería un progreso metodológico inverso al que postulan algunos autoctonistas.

Al avanzar hacia una conclusión razonable, podemos afirmar que cuando se trata de una civilización urbana de tan considerable heterogeneidad sociocultural, como es el caso de las regiones mesoamericana y andina, no puede darse un proceso totalmente independiente, pues no conocemos ninguna civilización que haya surgido espontáneamente o sin haber estado en contacto con otras culturas. El hecho de que las civilizaciones americanas presenten rasgos paralelos a los del Viejo Mundo, sería una confirmación empírica de esta tesis, sobre todo si partimos del reconocimiento de que existe una distribución continua de ciertas formas de cultura cronológicamente fundadas en términos de proximidades sucesivas de aparición e integración lógicas.

Si el concepto de patrón-función constituye el procedimiento lógico más importante a que podemos recurrir para aceptar el difusionismo transatlántico, y si este requisito se da en forma de relaciones verificables, y si en su conjunto estas relaciones constituyen formas o resultados paralelos, entonces la solución metodológica consistiría en seguir un procedimiento consistente en comparar dos modelos etnográficos, lo más completos posibles, uno correspondiente a la cultura o culturas americanas en cuestión, y otro a la cultura o culturas mediterráneas y africanas que se postulan como centros de una determinada difusión. En todo caso, este criterio metodológico es semejante al expuesto por Malinowski<sup>65</sup>, cuando plantea que el estudio de la historia indígena africana debe hacerse partiendo de la comparación de dos momentos históricos diferentes, pero de una misma cultura inicial, a su vez comparando el modelo etnográfico más reciente con el modelo etnográfico de la sociedad que

---

<sup>65</sup> Malinowski, 1961, 37 y sigs.

se considera aculturadora. Un ejemplo de este método sería acudir a comparar la cultura azteca, en el momento de la conquista española, con alguna de las culturas mediterráneas, o de Canarias, en las épocas postuladas para el contacto.

Este método supone la aplicación de análisis intensivos a componentes etnográficos de amplio espectro funcional, pues en un caso se trata de mostrar la presencia de paralelos, pero en otro se trata de observar su adaptabilidad en cada cultura y, por ende, el grado relativo de selectividad que se manifiesta en la integración funcional, en tal caso, integración dentro de los sistemas americanos específicos.

Si, por una parte, tendríamos en la comparación intercultural, referida a diferentes momentos de la etnografía mesoamericana y andina, un conocimiento de qué era o fue en los dos modelos culturales, por otra, al vernos obligados a establecer una cronología relativa que permitiera diferenciar una integración histórica de otra, tendríamos también evidencias acerca de qué fue sustituido y qué continuó siendo parte de la cultura tradicional. Es lo que fue sustituido lo que aquí interesa a los efectos de su comparación con la cultura del Viejo Mundo circummediterráneo. En la medida en que estemos comparando dos momentos cronológicamente lógicos en términos de sus respectivas secuencias, en términos, sobre todo, de que la cronología del modelo americano sea más reciente que la cronología del modelo mediterráneo o canario específicos, en esa medida estaremos sobre la pista de una verdadera comprobación. De este modo, el problema metodológico que se nos plantea, ya que no propiamente el teórico o relativo a las bases filosóficas del difusionismo, consiste en nuestra relativa capacidad para construir modelos etnográficos satisfactorios o suficientes, sin perder de vista el hecho de que la integración funcional de los elementos difundidos no supone necesariamente que el proceso cultural total de las civilizaciones indígenas americanas haya sido posible manifestándose en forma de paralelos, particularmente en todas sus fases o integración de patrón-función comparado.

En realidad, pues, un estudio acerca de la difusión transatlántica debe ser un estudio basado en los principios del cambio

cultural, principios mediante los cuales el antropólogo es requerido a producir etnografías comparadas, una referida a lo que fue, y otra referida a lo que es en el momento de la comparación. Sobre esta base, deja de ser decisivo el problema de la navegación, en la medida en que son verificables otras condiciones, en ese caso, culturalmente más significativas porque aluden a una interpretación también más dinámica por más funcional.

Algunos de los principios formulados por Malinowski<sup>66</sup> en orden al estudio del cambio cultural, pueden ser aplicados en esta ocasión. Uno de ellos, fundamental en mi opinión, es el de la asimetría dinámica de los tipos de respuesta cultural que resultan del contacto entre diferentes culturas o civilizaciones. Esta asimetría estaría dada por la presencia o ausencia relativas de un factor: el de la heterogeneidad, por una parte, y el de divergencias de las instituciones económicas, sociales, políticas o religiosas, entre las dos culturas comparadas, ya que, dependiendo de su heterogeneidad cultural específica, la dirección de su progreso relativo después del contacto no tenía que ser necesariamente paralelo en su totalidad. En tal caso, sería más bien divergente. Esta divergencia podría ser causa de que, una vez dada la difusión, las instituciones funcionales resultantes fueran distintas en muchos casos.

Así, el que ciertas formas, como decoraciones, pirámides, y otros fenómenos de complejidad relativa, aparezcan asociadas con estructuras mentales y funciones diferenciadas, puede en muchos casos significar una divergencia evolutiva a partir de una difusión verificada de algunos rasgos culturales. El hecho de que la difusión transatlántica no haya implicado una sustitución de una cultura por otra, representa que el fenómeno de integración cultural de la difusión es equivalente a la adquisición de nuevas formas con reinterpretación interna condicionada por los factores tradicionales o formas ya existentes. De ahí que el fenómeno de la asimetría del resultado cultural, tal como postula Malinowski, sea aplicable a la situación indígena americana en lo que refiere a la explicación de divergencias

---

<sup>66</sup> Ob cit, 74 y sigs.

derivadas de una diferente selección adaptativa de los rasgos culturales.

Estimulados por este principio funcional de la integración histórica de una difusión, nuestro problema se amplía, entonces, a considerar no sólo la identidad de la forma, sino que más bien consiste, como hemos señalado en otro lugar<sup>67</sup>, en establecer las diversas posibilidades de acción o adaptación de una función. De acuerdo con eso, no se trataría sólo, como hace Caso, de destacar que el paralelismo entre los trenzados americanos y mediterráneos no implica difusión porque tenían diferentes funciones, sino que vale también decir en un tal contexto, que sus posibilidades funcionales son más ricas que las consideradas en una sola integración histórica. Por lo demás, el hecho de que sirvan a diferentes propósitos no niega, en principio, la difusión. El proceso de sentido a que hemos aludido en otra parte<sup>68</sup> supondría, entonces, verificar las condiciones en que se ha producido el contacto, la selección adaptativa, más que decidir que basta para rechazar la idea del contacto con acudir a un principio de funcionalidad que no refiere a las posibilidades funcionales del rasgo, sino a su integración relativa.

La identidad funcional de la forma sería, en tal caso, un modo superficial de considerar el problema, si además no incluimos una perspectiva de las posibilidades funcionales del rasgo. Estas posibilidades deben verse en términos de las condiciones en que se efectúa el contacto, pero asimismo en términos de las reglas internas de cada sociedad, que son, en definitiva, las que fundan la particularidad del fenómeno adaptativo. Por ello, el criterio de forma funcional sin más es también insuficiente, en tal caso, pues en realidad la cuestión es más compleja porque refiere al estudio de las consecuencias de la adaptación de un rasgo de difusión. En las consecuencias estaría dada la diferencia funcional, no en la comparación formal de la identidad funcional.

El problema principal no reside, pues, en comparar rasgos aislados, sino más bien en comparar sistemas funcionales en

---

<sup>67</sup> Esteva, 1965, 17 y sigs.

<sup>68</sup> Esteva, 1965, 17.

origen y adaptaciones en las sociedades receptoras. Para ello partimos de un principio expuesto por nosotros en otra parte<sup>69</sup>: el de que todo desarrollo sociocultural equivale a un proceso de transformación de las funciones y de las estructuras a que refieren. Así, en tanto cada sociedad es un fenómeno histórico, los cambios que en ella ocurren son adaptativos a través de su propio medio social<sup>70</sup>.

Este sería el enfoque que propugnamos aplicar, el método por medio del cual estaremos en condiciones de probar una difusión a América desde el Mediterráneo, difusión que, por añadidura, consideramos cierta, aunque no necesariamente confirmada por los procedimientos habituales de verificación. En cierto modo, además, el paso a las demostraciones de patrones y funciones postulado por Willey, no es sencillo, pues implica, asimismo, trabajar en la dirección que acabamos de señalar de las posibilidades funcionales de los rasgos, algo que hasta ahora se ha descuidado mucho, incluso en el caso de los mejores intentos de verificar positivamente dicha difusión.

#### BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, P. Joseph de:  
1962 *Historia natural y moral de las Indias*. México.
- ALCINA FRANCH, José:  
1953 *Distribución geográfica del vaso tripode en el mundo*, en «Trabajos y Conferencias», 3: 83-100. Madrid.
- 1955 *El neolítico americano y su problemática*, en «Anais do XXXVI Congresso Internacional de Americanistas», 871-882. Sao Paulo
- 1958 *Las pintaderas mejicanas y sus relaciones*. Madrid
- 1958-a *El vaso con mango y vertedero*, en «Miscellanea Paul Rivet», I: 9-16. México.
- 1962 *La figura femenina perniabierta en el Viejo Mundo y en América*, en «Anuario de Estudios Atlánticos», 8: 127-143 Madrid-Las Palmas.
- 1965 *Manual de arqueología americana*. Madrid.
- 1969 *Origen transatlántico de la cultura indígena de América*, Separata de «Revista Española de Antropología Americana». Madrid
- BOAS, Franz:  
1966 *Race, language and culture* Nueva York

<sup>69</sup> Esteva, 1962, 525.

<sup>70</sup> *Ibidem*, 527.

CARTER, George F :

1950 *Plant evidence for early contacts with America*, «Southwestern Journal of Anthropology», 9: 369-384. Albuquerque.

CASO, Alfonso :

1964 *Relations between the old and new worlds. A note on methodology*, en «Congreso Internacional de Americanistas», 1: 55-71. México.

CHATELAIN, Helen:

1958 *The eagle of the american indian and its origin*, en «Miscellanea Paul Rivet», 1: 151-174. México.

CHILDE, V. Gordon:

1954 *Los orígenes de la civilización* México.

COMAS CAMPS, Juan:

1961 *Las culturas agrícolas de América y sus relaciones con el Viejo Mundo*, en «Homenaje a Pablo Martínez del Río», 63-69. México.

DESSEFFY, M.:

1966 *Le kichoua (langue des inkas) face a l'egyptien et le magyar*, en «Congreso Internacional de Americanistas», 2. 239-249. Sevilla.

ELLIOT-SMITH, G.:

1928 *In the beginning: the origin of civilization* New York.

ESTEVA FÁBREGAT, Claudio:

1962 *Desarrollo social y planificación social*, en «Boletín de Estudios Económicos», 57: 525-562. Bilbao.

1965 *Función y funcionalismo en las ciencias sociales* Madrid, C S I.C.

GOLDENWEISER, A

1933 *History, Psychology and Culture*. New York.

1961 «Homenaje a Pablo Martínez del Río». México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

HEINE-GELDERN, Robert:

1964 *Traces of indian and Southeast asiatic hindu-buddhist influences in Mesoamerica*, en «Actas del XXXV Congreso Internacional de Americanistas», I. 47-54. México.

HEYERDAHL, Thor:

1964 *Feasible ocean routes to and from the Americas in precolumbian times*, en «Congreso Internacional de Americanistas», I. 133-142. México.

IBARRA GRASSO, Dick:

1958 *Las formas de contar de los pueblos primitivos y las influencias lingüísticas surasiáticas y oceánicas en la América indígena*, en «Miscellanea Paul Rivet», II: 269-295 México

1964 *Las hachas de metal y de piedra*, en «Congreso Internacional de Americanistas», I. 21-30. México.

IMBELLONI, José:

1956 *La segunda esfinge indiana*, «Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía». Buenos Aires.

1962 *La Arqueología y Etnografía argentina y sus correlaciones continentales y extracontinentales*. 2 volúmenes. Buenos Aires.

KELLEY, David H

1964 *Linguistics and problems of transpacific contacts*, en «Congreso Internacional de Americanistas», I: 17-19. México

KROEBER, Alfred L.

1945 *Antropología general*. México.

KUBLER, George:

1964 *Polygenesis and diffusion Courtyards in mesoamerican architecture*, en «Congreso Internacional de Americanistas», I 345-357. México.

KUNZ, DITTMER:

1960 *Etnología general*. México.

LAS CASAS, Fray Bartolomé:

1965 *Historia de las Indias*. 3 tomos México.

LOWIE, Robert H :

1946 *Historia de la Etnología*. México

1947 *Antropología cultural*. México.

MALINOWSKI, Bronislaw:

1961 *Theory of culture change*. Urbana, 111.

MANNERS, Ed ; A. Robert:

1964 *Process and pattern in culture*. Chicago.

MERTZ, Henriette:

1966 *Odysseus in America*, en «Congreso Internacional de Americanistas», I. 111. Sevilla

«MISCELLANEA»:

1958 *Homenaje a Paul Rivet* México.

PERICOT, Luis:

1962 *América indígena* Barcelona.

1962-a *El punto de vista de un arqueólogo europeo ante los problemas de la Prehistoria americana*, en «Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía», vol. II: 10-18

ROWE, J. H.:

1966 *Diffusionism and Archaeology*, en «American Antiquity», 31: 334-337.

SERVICE, Elman R :

1964 *Archaeological theory and ethnological fact*, en «Manners», Ed, 364-375.

STEWART, Julián H

1958 *Theory of culture change*. Urbana, 111.

«TRABAJOS y Conferencias»:

1953 Seminario de Estudios Americanistas. Madrid.

WILLEY, Gordon R.

1953 *A pattern of diffusion-acculturation*, en «Southwestern Journal of Anthropology», 9. 369-384. Albuquerque

WUTHENAU, Alejandro von.

1966 *Representations of white and negroe people in precolumbian art*, en «Congreso Internacional de Americanistas», I. 109-110. Sevilla.